

**DANIEL INNERARITY**  
**Premio Internacional**  
**Eulalio Ferrer 2018**

*Santander, 9 de noviembre de 2018*

**- Conferencia Magistral -**  
**“LA DEMOCRACIA DESPUÉS DE LA DEMOCRACIA”**

“Many meanings attach to the word democracy,” writes **Bernard Crick** in his *Very Short Introduction*; “If there is one true meaning then it is, indeed, as Plato might have said, stored up in heaven; but unhappily has not yet been communicated to us.

“Hay muchos significados asociados a la palabra democracia. Si hay alguno verdadero, como parece haber dicho Platón, debe de estar guardado en el cielo y desgraciadamente todavía no se nos ha comunicado”.

**1. Obituarios de la democracia**

Sobre la vida y la muerte de la democracia llevamos ya bastante tiempo discutiendo y su fallecimiento ha sido anunciado casi tantas veces como la muerte de Dios o la del hombre. La paradoja es que se anuncie su muerte con la misma seguridad con la que se apela a sus valores para justificar casi cualquier cosa. En caso de haber muerto en la realidad, su inmortalidad como referencia parece más asegurada que nunca. Si la necrocracia revolucionaria es el régimen político en el que el poder permanece en manos del dirigente que instauró el régimen revolucionario tras su muerte; la necrocracia democrática sería el régimen político en el que una democracia ritualizada sobrevive a pesar de que haya sido banalizada, no despierte demasiadas pasiones y sus valores y principios estén en boca de todos, incluso de aquellos que de hecho representan todo lo contrario.

Si los académicos disfrutaran de un especial prestigio en materia de necrología, tendríamos motivos serios para la preocupación. Desde hace unos cuantos años abundan los libros que nos advierten de su extinción: las democracias languidecen por culpa de los electores, de los elegidos, de las nuevas tecnologías, por ineficacia o falta de racionalidad... En lo único en que discrepan estos obituarios es en la explicación forense, pero coinciden en advertirnos acerca de su condición mortal.

La democracia no es inmutable y algunas de sus versiones (la democracia ateniense, el imperio romano o la república de Venecia) desaparecieron después de una larga vida. No sería poco que sus beneficiarios fuéramos conscientes de la fragilidad de la democracia y pensáramos que la historia está llena de gente que no pudieron imaginar que iba a acabarse la estabilidad de la que gozaban, como los sacerdotes paganos, los aristócratas franceses, los granjeros rusos y los judíos alemanes (Mounk 254). Basta recordar los años 30 o 70 en Europa para no ser complacientes pensando que hay cosas que no pueden volver a suceder. Si es cierto lo que afirmaba John Adams, el gran luchador por la independencia americana y segundo presidente de los Estados Unidos, todas las democracias se han suicidado (1851). Admitida su mortalidad, la cuestión es determinar qué y cómo está en peligro, cómo caracterizar la situación en la que nos encontramos y, sobre todo, indagar si hay algún procedimiento para la supervivencia de la democracia.

## **2. La naturaleza de la crisis**

A la hora de explicar cómo desaparecen las democracias, nuestra analogía favorita del desastre son los años 30. Todos conocemos los paralelismos que se trazan para hacer verosímil esa comparación, pero tal vez lo más inquietante de la situación en que nos encontramos es que este final de la democracia podría darse de un modo que no tiene precedentes (Runciman 2018). Incomoda especialmente pensar que puede haber formas de debilitamiento y desaparición de las democracias que no nos resulten familiares, sin precedentes en el pasado y por tanto difíciles de prevenir. ¿Y si nuestras principales amenazas no fueran algo asimilable a las experiencias de quiebra de la democracia que recordamos con el fascismo o el comunismo, sino otras formas inéditas y sutiles de degradación? No estamos ante una segunda oleada de pre-fascismo; nuestras sociedades están más desarrolladas y son más interdependientes. Pensar en términos de reincidencia implica dar por supuesto que en la historia hay demasiada continuidad y que los fallos son una repetición. Si los paisajes históricos cambian realmente, entonces habrá que pensar que nuestras principales amenazas no son anticipables a partir de la experiencia histórica. Si hay innovación

democrática es de suponer que las regresiones democráticas también adoptarán formas insólitas. Aplicamos soluciones del pasado a los problemas actuales porque pensamos que esos problemas, en el fondo, no son tan actuales, sino tan solo versiones de los ya conocidos. Necesitamos otro marco de referencia para las soluciones, por supuesto, pero sobre todo para identificar los problemas.

Lo primero que hay que volver a pensar es el modo como se degradan las democracias. Tendemos a pensar que las democracias mueren a manos de personas armadas (Levitsky / Ziblatt 3). Ahora bien, al igual que el poder, tampoco la violencia política es lo que era, por lo que hay que pensar fuera del marco mental del golpe de estado o la insurrección, y más en términos de inadaptación, ineficiencia, degradación o desequilibrio. Para las democracias avanzadas probablemente ya no valga aquella afirmación de Madison de que la vida de las democracias es corta y su muerte, violenta (1787, nº10). ¿Cómo podemos pensar esta nueva etapa que apenas se deja caracterizar por la rotundidad con la que distinguimos lo vivo de lo muerto? Hay quien propone hablar de una "desconsolidación" de la democracia (Mounk 254), un término modesto para juzgar la situación sin excesivo dramatismo y que parece darse por satisfecho si despierta en nosotros la conciencia de que la democracia es más vulnerable de lo que inicialmente pensábamos, más inestable de lo que prometían sus instituciones. Más que complots contra la democracia, lo que hay es debilidad política, falta de confianza y negativismo de los electores, oportunismo de los agentes políticos o desplazamiento de los centros de decisión hacia lugares no controlables democráticamente. En vez de manipulación expresa, estamos construyendo un mundo en el que hay un combate más sutil y banal por atraer la atención; donde el activismo político adopta la forma del voyeurismo; en el que es difícil discernir la opinión autónoma del automatismo de opinar. Los personajes que amenazan nuestra vida democrática son menos unos golpistas que unos oportunistas; su gran habilidad no es tanto hacerse con el poder duro como lograr atraer el máximo de atención. En esto, Donald Trump es el gran campeón de la banalización política.

La idea de una conspiración intencional y violenta no es un buen punto de partida, como tampoco dividir el mundo político entre héroes y villanos, porque nuestra decepción democrática tiene mucho que ver, por un lado, con la dificultad de las cosas, con la perplejidad ante situaciones inéditas y con que no estamos capacitados para procesar tanta complejidad; por otro lado, todo sería más sencillo si pudiéramos distinguir con absoluta nitidez entre inocentes y culpables (y, de paso, situarnos en el lado correcto), pero en la situación que lamentamos hay muchas trampas en las que nosotros mismos (electores, consumidores,

accionistas, ciudadanos que opinan y hablan entre sí) hemos caído y cesiones que hemos ido permitiendo.

### **3. La democracia amenazada**

Las teorías acerca de las actuales amenazas contra la democracia se dividen entre quienes la ven desafiada por el hecho de que la gente no tiene el poder que debería tener y quienes piensan que tiene demasiado poder, por exceso o por defecto, podríamos decir, por la incompetencia de las élites o por la irracionalidad de los electores. Si damos por buena esta tipología apresurada, entenderemos que aquello que lamentamos es, en el primer caso, la tecnocracia y en el segundo el populismo, mientras que las soluciones pasarían por limitar el poder del demos o por incrementarlo. Para complicar aún más las cosas, es posible combinar ambos puntos de vista sin preocuparse demasiado por la coherencia y, por ejemplo, utilizar una lógica soberanista para esconder una acción de gobierno autoritaria o defender que lo que realmente quiere el pueblo son resultados, para lo cual es poco aconsejable contar demasiado con él. El mismo término "democracias iliberales" da buena cuenta de esta promiscuidad, como en otro momento lo hicieron el "autoritarismo benevolente" o la "moralización del capitalismo", por ejemplo.

Los diagnósticos del primer tipo suelen describir rigurosamente los procesos de desempoderamiento popular, ya sea por el poder de las élites, del capitalismo incompatible con la democracia o de los algoritmos (Bartlett 2018). Puede ocurrir que el lamento se deba a que los gobiernos tengan demasiado poder (amenazando los derechos humanos, por ejemplo) o porque tengan demasiado poco frente a la perversidad de ciertos agentes externos (como cuando constatamos la dificultad de hacer que las grandes empresas paguen impuestos, pongamos por caso). Las propuestas lógicas de este campo suelen apuntar hacia una mayor participación y en la línea de una democracia deliberativa más directa. La sugerencia no es especialmente original, pero sí muy insistente y ha dado lugar a reflexiones recientes muy dignas de ser tomadas en consideración (Ober 2017; Neblo / Esterling / Lazer 2018; Fishkin 2018).

En el bando de los que lamentan que la democracia sea demasiado directa se critica el mito del votante racional (Caplan 2008; Bartels 2008), la falta de competencia y responsabilidad de los electores (Achen / Bartels 2016) o simplemente el hecho de que el votante medio carezca de la formación y la información necesaria; como dice Brennan, o son *hobbits* (ciudadanos con baja información, interés y deseo de participación) o *hooligans* (demasiada información y opiniones fuertes con muchos prejuicios) (2016). La "*folk theory of democracy*" (Achen /

Bartels 2016) hace derivar toda la legitimidad del consentimiento y no de la representación, que presupone una ciudadanía capaz de entender, juzgar y controlar al sistema político. Hay incluso propuestas epistocráticas más o menos radicales que defienden que la democracia debería realizarse con menos participación.

La crítica a la incompetencia política puede también obedecer a razones de tipo democrático. Existe algo así como el derecho a tener un gobierno competente (Brennan 2016, 140) y lo que tenemos con frecuencia es un electorado irracional e ignorante que impone sus decisiones incompetentes sobre la gente inocente (Brennan 2016, 8). Particularmente interesante es la conexión que puede establecerse entre la ineficiencia del sistema político (Fukuyama 2015) y la creciente insatisfacción ciudadana que puede dar origen a verdaderas regresiones democráticas. Si nuestros sistemas políticos se muestran incapaces de resolver los problemas de la desigualdad, de garantizar la seguridad sin comprometer los derechos humanos o promover el crecimiento económico, la posibilidad de confiar en quien prometa esos resultados sin preocuparse demasiado con los formalismos democráticos está siendo una tentación irresistible en muchos lugares del mundo. De ahí la insistencia de algunos autores en promover la competencia del sistema político, en formular versiones más o menos fuertes de epistocracia y limitar la democracia por razones democráticas. Para ellos la democracia sería algo instrumental, que más que un valor en sí depende de la eficiencia a la hora de producir resultados de acuerdo con criterios de justicia. Los procedimentalistas, por el contrario, se apoyarían en procesos deliberativos idealizados y estarían muy interesados en *cómo* se toman las decisiones y no tanto en *qué* decisiones se toman. Como vemos, los motivos para limitar el poder inmediato de la gente o para ampliarlo apelan siempre al poder de la gente (a lo que quiere el pueblo en su agregación inmediata o a lo que realmente quiere en la construcción indirecta de su voluntad política).

Asistimos a la consolidación de una gran escisión cuyas consecuencias no pueden ser más que dañinas para una concepción integral y equilibrada de la democracia. Como ha advertido Runciman, los problemas que dependen del saber experto irán llevándonos hacia un gobierno técnico; las demandas de reconocimiento, que se expresan en el lenguaje de la identidad personal, evolucionarán hacia algo parecido al anarquismo. Se asienta así una profunda ruptura entre la razón y la expresión. Hoy podemos constatar que, desde el punto de vista de la legitimidad democrática, tanto el "solucionismo" como el "expresionismo" están sobrecargados. La habilidad de los sistemas democráticos se acreditará en que sean o no capaces de combinar soluciones a estos problemas al mismo tiempo, sin declarar la victoria voluntarista sobre el

principio de realidad o repetir que los problemas relativos a la identidad son cosa del pasado. Se requiere una nueva síntesis que combine de un modo democráticamente satisfactorio eficacia y reconocimiento. El principal desafío de la democracia es, hoy más que nunca, reconectar lo que se había escindido (Runciman 215).

¿Qué diagnóstico acerca de la crisis de la democracia sería entonces más acertado y nos daría mejores indicaciones acerca de su supervivencia? Mi interpretación de la crisis actual de la democracia es que algunos de sus valores han dejado de funcionar equilibradamente; en este caso, el principio de realidad y el principio de placer se han dissociado: la competencia contrasta con las limitaciones en las que la política debe desenvolverse y las expectativas de participación no son compatibles con la complejidad de los asuntos. La articulación de estas dimensiones ya no resulta inteligible ni fácilmente practicable una vez que se ha rebasado cierto umbral de complejidad. Superar esta ruptura requiere, de entrada, un ejercicio de renovación conceptual. La causa de que el debate esté protagonizado por ingenuos y cínicos se debe a que las cosas no funcionan según la definición simplista de la democracia que manejamos; de ahí que no tengamos tanto una crisis de la democracia como una crisis de la teoría de la democracia (Shattschneider 1960, 131). La democracia ha vivido la mayor parte de su historia de glorias pasadas; ahora debe sobrevivir reformulando su función en el mundo actual y en el futuro.

Nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo y son impotentes ante quienes ofrecen una simplificación tranquilizadora, aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad y no representen más que un alivio pasajero. Quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos tiene todas las de perder frente a quien, por ejemplo, establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o una contraposición nada sofisticada entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. Entre las cosas que hacen más soportable la incertidumbre, nada mejor que la designación de un culpable, que nos exonere de la difícil tarea de construir una responsabilidad colectiva. Poco importa que muchos candidatos propongan soluciones ineficaces para problemas mal identificados, con tal de que ambas cosas —problemas y soluciones— tengan la nitidez de un muro, se haya designado un culpable final o sean tan gratificantes como saberse parte de un nosotros incuestionable.

#### **4. Cómo sobreviven las democracias**

En los numerosos análisis acerca del malestar democrático hay más obituarios que propuestas acerca de lo que debería hacerse para que la democracia sobreviva. Plantearé cuatro ejercicios de reanimación que tienen un cierto carácter contraintuitivo porque invitan a completar la democracia frente a su simplificación habitual, a protegerla frente a sí misma, a concebirla más como un sistema que como la acción de sujetos individuales y a recuperar en el plano global la democracia que parece impracticable en los estados nacionales. Solo la democracia puede rescatar a la democracia, pero los conceptos, métodos y niveles deben ser muy distintos de aquellos a los que, ingenua o cínicamente, estamos habituados.

#### a) Una democracia completa

La democracia ha de temer más a sus falsos amigos que a sus verdaderos enemigos. Cualquier cosa que quiera defenderse políticamente encuentra una justificación más convincente si se hace en nombre de la democracia que contra ella. Como ironizaba el politólogo Gerhard Lehmbuch, hoy parece que todos los caminos llevan a "la Roma de la democracia" (Lehmbuch 1987, 3). Una de las grandes ironías acerca de cómo mueren las democracias es que la misma democracia es usada como pretexto para su subversión (Runciman 2018, 92); la democracia tiene tal prestigio que calificamos como tal cualquier cosa que nos gusta (Mounk 2018, 26). Las peores perversiones políticas suelen hacerse en nombre de una democracia de la que se ha aislado un momento, un valor o una dimensión, como ocurrió con el fascismo y el comunismo que la invocaban y pretendían revitalizarla. Wendy Brown llama des-democratización a aquella forma muy contemporánea de corrupción de la política que amenaza la democracia sin atacar sus principios, en nombre incluso de ellos (2015): el liberalismo apela a la libertad, el populismo niega las mediaciones institucionales para encontrar la unidad del "verdadero" pueblo... Es este homenaje inquietante a los principios de la democracia el que caracteriza a esta nueva perversión frente al clásico totalitarismo abiertamente antidemocrático.

Cualquier elemento de la democracia tomado aisladamente termina produciendo algo que tiene poco que ver con lo que deberíamos esperar de ella. No hay nada malo en votar, pero tener que votar todo, continuamente o en cualquier condición sería una verdadera pesadilla; quienes nos representan han de dar cuentas, pero sin un margen de delegación no podrían ejercer sus funciones; no hay democracia sin momentos constituyentes, pero la democracia no es una sucesión de *big bangs* constituyentes; la democracia exige

el respeto a las minorías tanto como el derecho de las mayorías a tomar las decisiones; no puede prescindir del electorado, pero no debe ser sólo democracia electoral... La legitimación democrática no debería sustituirse por ninguno de sus momentos concretos (estado de derecho, participación, responsabilidad, deliberación, transparencia...) (Habermas 2011, 54), ya que la democracia es precisamente una construcción que pretende articular equilibradamente todos esos momentos.

La actual crisis de la democracia es, a mi juicio, una crisis de unilateralización de alguno de sus elementos. Este es el sentido en el que cabría pensar incluso la posibilidad de que fracasara la democracia permaneciendo intacta. Podría suceder que los elementos fundamentales de la democracia siguieran operando pero no lo hicieran de manera conjunta, equilibradamente (Runciman 2018, 6). La versión postmoderna de la desvitalización de la democracia sería menos dramática que cómica, porque este es el efecto de la desincronización, que provoca más risa que llanto. Lo que más fragiliza nuestras instituciones democráticas es su mutilación o reduccionismo, su simplificación. La democracia es un conjunto de valores y procedimientos que hay que saber orquestar y equilibrar (participación ciudadana, elecciones libres, juicio de los expertos, soberanía nacional, protección de las minorías, primacía del derecho, autoridades independientes, rendición de cuentas, deliberación, representación... ). No hay democracia sin popularidad, efectividad y legalidad, pero tampoco donde una de esas dimensiones se impone o excluye a las otras. Se degrada la democracia cuando se absolutiza el momento plebiscitario o la lógica del *click*, pero también cuando entregamos el poder a los expertos e impedimos la circulación de las élites o cuando entendemos la democracia como soberanía nacional impermeable a cualquier obligación más allá de nuestras fronteras. Por esta razón, a tales amenazas en nombre de la democracia, a su mutilación simplista, solo se les hace frente con otro concepto de democracia, más completo, más complejo.

Lo primero que nos enseña un concepto complejo de democracia es que la democracia es un proceso. Una democracia de calidad es más sofisticada que la aclamación plebiscitaria; en ella debe haber espacio para el rechazo y la protesta, por supuesto, pero también para la transformación y la construcción; la democracia tiene que articular más complejidad institucional que la permitida por quienes la conciben únicamente a partir de una relación vertical entre el líder y las masas. No hay buena vida pública ni se toman las mejores decisiones cuando se decide sin buena información o con un debate presidido por la falta de respeto hacia la realidad. Tampoco hay una alta intensidad democrática cuando la ciudadanía tiene una actitud que es más propia del consumidor pasivo, como un público de *voyeurs* al que se arenga y satisface en sus



deseos más inmediatos, sin remitir a ningún horizonte de responsabilidad.

La implicación de las sociedades en el gobierno debe ser más sofisticada que la que se pone en juego en las lógicas plebiscitarias o en la agregación de preferencias a través de la red; ha de ser entendida como una intervención continua en su propio autogobierno a través de una pluralidad de procedimientos, unos más directos y otros más representativos, mediante lógicas mayoritarias y otras que no lo son, donde sea posible rechazar pero también proponer, con espacios para el antagonismo pero también para el acuerdo, que politicen y despoliticen los asuntos según lo que convenga en cada caso, que permitan la expresión de las emociones tanto como el ejercicio de la racionalidad.

Hemos de trabajar en favor de una cultura política más compleja y matizada. Uno de nuestros principales problemas tiene su origen precisamente en el hecho de que cuando las sociedades se polarizan en torno a contraposiciones simples no dan lugar a procesos democráticos de calidad. ¿Cómo promover una cultura política en la que los planteamientos matizados y complejos no sean castigados sistemáticamente con la desatención e incluso el desprecio? ¿Cómo evitar que sea tan rentable electoralmente la simpleza y el mero rechazo? Hagamos intervenir en el proceso democrático más valores, actores e instancias, pensemos un equilibrio más sofisticado entre todo ello y habremos puesto las bases para la supervivencia de la democracia en el siglo XXI. Sólo una democracia compleja es una democracia completa.

#### b) Proteger a la democracia de sí misma<sup>1</sup>

Las democracias representativas tienen hoy dos enemigos: el mundo acelerado, la predominancia de los mercados globalizados, por un lado, y la *hybris* de la ciudadanía, por otro, es decir, la ambivalencia de una sociedad a la que la política debe obedecer, por supuesto, pero cuyas exigencias, por estar poco articuladas políticamente, son con frecuencia contradictorias, incoherentes y disfuncionales. Mencionar este segundo peligro es romper un tabú porque buena parte de nuestra clase política y quienes escriben de política suelen practicar una adulación del pueblo, al que no sitúan en ningún horizonte de responsabilidad. Pocos hablan de las amenazas "democráticas" a la democracia, las que proceden del imperio de la demoscopia, la participación sin igualdad efectiva, las expectativas exageradas o la transparencia absolutizada. Al señalar esta

---

<sup>1</sup> Este punto está más desarrollado en mi libro *La política en tiempos de indignación... y en Política para perplejos...*)

carencia no pretendo invalidar el principio de que en una democracia el único soberano es el pueblo; me limito a subrayar que la democracia representativa es el mejor invento de que hemos sido capaces para compatibilizar, no sin tensiones, este principio con la complejidad de los asuntos políticos, la contraposición entre eficiencia y soberanía que mencionaba al describir las amenazas de la democracia. Aunque suene paradójico, no hay otro sistema que la democracia indirecta y representativa a la hora de proteger a la democracia frente a la ciudadanía, contra su inmadurez, debilidad, incertidumbre e impaciencia.

Algunos autores han planteado provocativamente esta paradoja: Philip Pettit, al clarificar lo que entiende por republicanismo: "la democracia es demasiado importante como para dejarla en manos de los políticos o incluso de un pueblo que vote en referendums" (2001, 746); Fareed Zakaria afirmando que "lo que necesitamos hoy en política no es más democracia sino menos" (2003, 248) o Bryan Caplan al sentenciar que "la democracia falla porque hace lo que los votantes quieren" (2008, 3). Otros teóricos proponen clasificar la democracia contemporánea —en la línea del republicanismo clásico— como un gobierno mixto, como una suerte de mecanismo que combina componentes democráticos y componentes no democráticos (Manin 1997, 237). La democracia no es la presencia de los ciudadanos en los lugares donde se toman las decisiones sino más bien el hecho de que las instituciones electivas y los electos pueden ser juzgados por la ciudadanía.

Podemos examinar esta paradoja de un soberano que auto-limita su poder por analogía con aquellos sistemas que son inteligentes porque son capaces de oponerse a la voluntad expresa de quienes los dirigen. La sofisticación de muchos dispositivos incluye procedimientos que impiden a quien gobierna hacer lo que quiera, desde los límites constitucionales para el sistema político hasta los sistemas de frenado automático en nuestros vehículos. ¿Y si la democracia fuera un sistema cuya inteligencia en el fondo consiste en que es capaz de combinar institucionalmente la soberanía popular con la sospecha hacia esa misma soberanía?

Lo diré de una manera un tanto provocativa: la paradoja de todo sistema inteligente es que no nos permite hacer lo que queremos. Veamos algunos ejemplos. A lo que más se parece una constitución es a un conjunto de prohibiciones y limitaciones; dificulta incluso su propia modificación, a la que pone condiciones de procedimientos y mayorías calificadas, para asegurarse así de que esos cambios no son una ocurrencia ocasional ni el resultado de una mayoría exigua. El sistema de frenado ABS es un sistema para impedir que, en un momento de pánico, frenemos tanto como quisiéramos, lo que pondría en peligro nuestra estabilidad y terminaría haciéndonos más daño que no frenar. Uno puede comprar libremente los productos financieros que quiera (y que pueda,

claro), pero la experiencia de la crisis económica nos ha llevado a endurecer las condiciones de compra obligando a las instituciones crediticias a asegurarse de que quien los compra tenga las solvencia y el conocimiento necesario para adquirir un producto que no está exento de riesgos. De alguna manera, la inteligencia sistémica ha configurado una serie de protocolos para que las personas no puedan hacer lo que quieran cuando están por medio artefactos especialmente peligrosos, sea un vehículo, un producto financiero... o un gobierno. De hecho, hay un mercado floreciente de lo que podríamos llamar sin exageración "protección de la gente frente sí misma", como el de las "*behavioral apps*", que nos advierten, incitan y monitorizan. No siempre los seres humanos queremos hacer lo que queremos y esa auto-limitación es fuente de comportamientos razonables.

Por eso cabe afirmar sin exageración que, desde la más modesta tecnología hasta los procedimientos políticos más sofisticados, los sistemas de gobierno son tanto más inteligentes cuanto más pueden resistir a la obstinación de quienes gobiernan (sea el pueblo soberano o sus eventuales representantes). Todo el progreso humano se juega en ese difícil equilibrio entre permitir a la voluntad humana gobernar los acontecimientos e impedir al mismo tiempo la arbitrariedad.

Un sistema inteligente es, por así decirlo, un sistema que nos protege no solo frente a otros sino también frente a nosotros mismos. Se configura tras la experiencia de los peligros que somos capaces de auto-generar y frente al atavismo de considerar que nuestro peor enemigo es siempre alguien distinto de nosotros mismos. Para actuar con este tipo de inteligencia contra-intuitiva hay que haber caído en la cuenta, por ejemplo, de que una sociedad no está amenazada tanto por armas nucleares en poder del enemigo como por sus propias centrales nucleares; menos por las armas biológicas del enemigo que por ciertos experimentos de su sistema científico; no por la invasión de soldados extranjeros como por la propia criminalidad organizada y la demanda de los propios drogadictos; no por el hambre y la muerte causados por la guerra como por la invalidez y la muerte causada por sus accidentes de tráfico (Willke 2014, 60). Que lo que más impide que las sociedades plurales decidan libremente su destino no es tanto un impedimento exterior como la propia falta de acuerdo en su seno. La solución no pasa por las personas, me permito concluir, sino por mejorar los sistemas que nos protejan contra las personas, contra nuestros errores, nuestra demencia o nuestra maldad.

c) Sobreponerse a los malos gobernantes<sup>2</sup>

Para entender qué es un sistema de inteligencia colectiva —como se supone debería serlo la política en una sociedad democrática— puede resultarnos ilustrativo el experimento mental planteado por Robert Geyer y Samir Rihani (2010, 188): 1. ¿qué pasaría si los gobernadores del Banco de Inglaterra fueran sustituidos por una habitación llena de monos?; 2. ¿qué pasaría si Gran Bretaña copiara exactamente el sistema educativo de Noruega? y 3. ¿qué pasaría si se inventara un supermedicamento que suprimiera todos los síntomas del resfriado común (o la resaca de nuestros estudiantes)? Si uno tuviera que responder rápidamente a estas preguntas, la intuición inmediata le llevaría a asegurar que: 1. la economía británica colapsaría; 2. se aumentaría el rendimiento educativo, ya que el sistema educativo de Noruega está muy por encima del de Reino Unido y 3. sería un avance maravilloso para la salud personal pues el paciente se sentiría mucho mejor. Ahora bien, a nada que hayamos podido reflexionar un poco y superar el automatismo en la respuesta, si miramos las cosas desde la perspectiva de complejidad de los sistemas, las respuestas serían muy diferentes: 1. el gobierno de los monos pondría de manifiesto hasta qué punto estamos gobernados más por sistemas que por personas, con equilibrios, contrapesos y correcciones automáticas, por lo que los monos no harían tanto daño como podría temerse; 2. la traslación de un sistema educativo a otro país no sería tan exitosa. Por supuesto que se puede aprender de las "*best practices*" de otros, pero el éxito de un sistema tan complejo como el educativo depende mucho de factores que no son automáticamente trasplantables; 3. la salud no es lo mismo que sentirse bien y ahorrarse los síntomas molestos equivale a privarse de unas señales y mecanismos de aprendizaje que sirven precisamente a nuestra salud, entendida como algo más valioso que la mera ausencia de malestar aquí y ahora.

Este experimento es interesante porque en el automatismo de nuestras respuestas iniciales se pone de manifiesto hasta qué punto somos deudores de un modo de pensar centrado en los individuos y los líderes, en el corto plazo y en la falta de atención a las condiciones sistémicas en las que tienen lugar nuestras acciones. Seguimos pensando que el gobierno es una acción heroica de las personas en vez de entender que se trata de configurar sistemas inteligentes. Es una prueba de eso que Luhmann llamaba "la huida hacia el sujeto" (1997, 1016), cuando la acción política se degrada a una competición entre personas,

---

<sup>2</sup> Este apartado coincide básicamente con lo expuesto en mi libro *Política para perplejos*, capítulos...?)

sus programas, sus buenas (o malas) intenciones o su ejemplaridad moral; por eso hablamos de liderazgo con unas connotaciones tan personalizadas, la atención pública se interesa principalmente de las cualidades personales de quienes nos gobiernan, nos preocupa más descubrir a los culpables que reparar los malos diseños estructurales...

Todo lo que sea poner el foco en el ser humano para designar los problemas que tenemos —la teoría de que lo importante es el ser humano, sea desde la perspectiva de las características personales del líder o de las motivaciones del votante individual en clave de *rational choice*— lleva consigo una infravaloración de las propiedades sistémicas de la complejidad social. La *micro fallacy* consiste en no haber entendido que en el mundo social no se trata de individuos sino de interacciones y su correspondiente institucionalización.

Los principales problemas a los que se enfrenta hoy la humanidad tienen el carácter de problemas planteados por una realidad interdependiente y concatenada ante los cuales son ciegos sus componentes individuales: insostenibilidad, riesgos financieros y, en general, aquellos que están provocados por una larga cadena de comportamientos individuales que pueden no ser en sí mismos malos, pero sí lo es su desordenada agregación. De ahí que no se trate tanto de modificar los comportamientos individuales como de configurar adecuadamente su interacción y esa es precisamente la tarea que podemos designar como inteligencia colectiva. Se gana mucho más mejorando los procedimientos que mejorando a las personas que los dirigen. No deberíamos esperar tanto de las virtudes de quienes componen un sistema complejo ni temer mucho de sus vicios; lo que realmente deberían inquietarnos es si su interconexión está bien organizada, cómo son las reglas, los procesos y las estructuras que configuran esa interdependencia.

Las sociedades están bien gobernadas cuando lo están por sistemas en los que se sintetiza una inteligencia colectiva (reglas, normas y procedimientos) y no cuando tienen a la cabeza personas especialmente dotadas. Podríamos prescindir de las personas inteligentes pero no de los sistemas inteligentes; es lo que se suele decir de otra manera: una sociedad está bien gobernada cuando resiste el paso de malos gobernantes. Estos doscientos años de democracia han configurado precisamente una constelación institucional en la que un conjunto de experiencias han cristalizado en estructuras, procesos y reglas (especialmente las constituciones) que proporcionan a la democracia un alto grado de inteligencia sistémica, una inteligencia que no está en las personas sino en los componentes constitutivos del sistema. De alguna manera esto hace al régimen democrático independiente de las personas concretas que actúan e incluso de quienes lo dirigen, resistente frente a

los fallos y debilidades de los actores individuales. Por eso la democracia tiene que ser pensada como algo que funciona con el votante y el político medio; únicamente sobrevive si la propia inteligencia del sistema compensa la mediocridad de los actores, incluido el eventual paso de unos monos por el gobierno.

#### d) La prótesis global de la democracia

Por si fuera poco, no solo hay muchos elementos en la democracia sino que también la democracia se dice de muchas maneras y hoy nos encontramos ante el desafío de pensar de qué modo es posible democratizar nuevos espacios, más allá del estado nacional. La democracia es "a moving target because democratization is an ongoing process that not only leads to an extension of democracy to new countries and to new layers of supra- and international governance, but also continuously transforms the way politics works in established democracies" (Kriesi 2013, 14).

Hay sociedades, momentos, temas y ámbitos que permiten o exigen un determinado nivel de democratización. Tomar al estado nacional como única realidad posible para el ejercicio de la democracia y como modelo universal equivale a considerar una de sus concrecciones históricas como la única posibilidad de democratización. Que la democracia moderna haya encontrado su forma en el estado nacional no quiere decir que no pueda darse bajo otro formato diferente o en condiciones muy diversas. Hacer de la democracia una realidad más compleja implica tomar en consideración esa dimensión global en la que se desarrolla nuestra vida colectiva, ese contexto de crecientes interdependencias. Si buena parte de las decisiones que nos afectan son adoptadas a nivel europeo y global, es la transformación democrática de esos procesos e instituciones lo que más debería preocuparnos. Pero lo que planteo ahora como ejercicio de reanimación global de la democracia no es una mera extensión de las categorías de la democracia nacional a los espacios globales sino más bien el recorrido inverso: cabe incluso sostener que una democracia compleja, además de aspirar a democratizar esas interdependencias, puede encontrarse con que esa realidad es una oportunidad de democratización.

Reconozco que esta perspectiva no es la corriente e incluso desafía alguna de nuestras primeras intuiciones. Se ha denunciado con frecuencia, por ejemplo, el hecho de que el proceso de integración europea haya ocasionado problemas de legitimación democrática dentro de los estados nacionales, pero apenas se subraya que la integración respondía a determinados problemas de legitimación democrática que los estados miembros *ya tenían* (y que en buena medida siguen teniendo,

incluso amplificados), incapaces por ellos mismos de garantizar ciertos bienes comunes que la ciudadanía de una comunidad democrática tiene derecho a esperar. Frente a quienes consideran que la Unión Europea no es suficientemente democrática porque no ha sido capaz de reproducir a escala europea la democracia que supuestamente funcionaría en sus estados, invito a considerar que el déficit se debe a que los estados todavía no han conseguido democratizar el hecho de su interdependencia (Innerarity 2018). La configuración de instituciones transnacionales no es la causa sino la respuesta, más o menos acertada, manifiestamente mejorable, a los déficits de las democracias nacionales.

Hay quien considera que el experimento europeo desafía la ortodoxia democrática y exige una teoría democrática nueva (Bohman 2007); yo prefiero entenderlo además como una oportunidad de recuperar toda la complejidad social que ciertas concepciones de la democracia han soslayado con su simpleza. La cuestión de la democracia compleja no se resuelve respondiendo a la pregunta acerca de su tamaño óptimo, sino que tiene que ver con la capacidad de la democracia a la hora de articular toda aquella complejidad que su realidad social le plantea, en este caso, la democratización de las sociedades interdependientes, que no es una tarea añadida a la que ya realizan los estados sino algo que debe ser interiorizado como el verdadero escenario en el que se desarrolla actualmente la vida política. Tal vez sea esta indistinción entre el interior y el exterior la primera lección que debemos aprender de las ciencias de la complejidad para renovar la democracia. Las interdependencias no son lo que está fuera o entre los estados sino su verdadero núcleo.

No es cierto que los procesos de interdependencia conduzcan a una extinción de la política (entendida también como fin de las ideologías o incluso de la historia y, por supuesto, de la democracia) como se celebra desde la óptica neoliberal o se lamenta desde el soberanismo clásico. Más bien todo lo contrario. Si la política es la articulación de formas de vivir juntos, en el plano global tenemos una tarea de reinención política similar a la construcción de comunidades políticas a lo largo de la historia. De lo que se trata ahora es de cómo debemos convivir, de qué forma nos organizamos y cuáles son nuestras obligaciones recíprocas en el contexto de profundas interdependencias generado por la globalización. Así pues, la globalización no tiene por qué ser necesariamente un proceso de despolitización. La globalización plantea muchas constricciones para la política pero no significa su final sino tal vez el comienzo de una nueva era para la política. Como decía Ulrich Beck, no es que la política haya muerto, sino que ha emigrado desde los clásicos espacios nacionales delimitados a los escenarios mundiales

interdependientes (2002, 364). Es allí, o sea aquí, donde se juega el futuro de la democracia.



Achen, Christopher / Bartels, Larry (2016), *Democracy for Realists. Why Elections Do Not Produce Responsive Government*, Princeton University Press.

Adams, John (1851), *The Works of John Adams*, vol. 6, 484.

Bartels, Larry (2008), "The Irrational Electorate", *The Wilson Quarterly* 32, 44-50.

Bartlett, Jamie (2018), *The People Vs Tech. How the internet is killing democracy (and how we save it)*, London: Ebury Press.

Beck, Ulrich (2002), *Macht und Gegenmacht im globalen Zeitalter. Neue weltpolitische Ökonomie*, Frankfurt: Suhrkamp.

Bohman, James (2007), *Democracy across Borders: From Demos to Demoi*, Cambridge: MIT Press.

Brennan, Jason (2016), *Against Democracy*, Princeton University Press.

Brown, Wendy (2015), *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, Cambridge: MIT Press.

Caplan, Bryan (2008), *The Mith of the Rational Voter. Why Democracies Choose Bad Politics*, Princeton University Press.

Dahl, Robert (1983), "Federalism and the Democratic Process", en J. R. Pennock / J. W. Chapman (eds.), *Nomos XXV: Liberal Democracy*, New York University Press, 95-108.

Fishkin, James S. (2018), *When the People Are Thinking: Revitalizing Our Politics Through Public Deliberation*, Oxford University Press.

Fukuyama, Francis (2015), "Why is Democracy Performing So Poorly", *Journal of Democracy* 26, 11-20.

Geyer, Robert / Rihani, Samir (2010), *Complexity and public policy. A new approach to 21st century politics, policy and society*, London: Routledge.

Habermas, Jürgen (2011),

Innerarity, Daniel (2017), *La democracia en Europa. Una filosofía política de la Unión Europea*, Barcelona: Galaxia-Gutenberg, 2017 (trad. inglesa: *Democracy in Europe. A Political Philosophy of the European Union*, Oxford: Palgrave MacMillan, 2018).

Keane, John (2009), *The Life and Death of Democracy*, London: Simon and Schuster.

Kriesi, Hanspeter (2013), "Introduction-The new challenges to democracy", en Kriesi, Hanspeter / Bochsler, Daniel / Matthes, Jörg / Lavenex, Sandra / Bühlmann, Marc / Esser, Frank (eds.), *Democracy in the age of globalization and mediatization*, New York: Palgrave Macmillan, 1-16.

Lehmbruch, Gerhard (1987), *Proporzdemokratie nach zwanzig Jahren. Überlegungen zur Theoriebildung in der komparatistischen Forschung über*

- politische Strategien in der Schweiz*, unpublished manuscript, Konstanz.
- Levitsky, Steven / Ziblatt, Daniel (2018), *How Democracies Die*, New York: Crown.
- Luhmann, Niklas (1997), *Die Gesellschaft der Gesellschaft*, Frankfurt: Suhrkamp.
- Madison, James (1787), *Federalist Papers* (1787, n°10). "short in their lives as they have been violent in their deaths"
- Manin, Bernard (1997), *The Principles of Representative Government*, Cambridge University Press.
- Mounk, Yascha (2018), *The people vs. democracy. Why our freedom is in danger & how to save it*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Neblo, Michael A. / Esterling, Kevin M. / Lazer, M. J (2018), *Politics with the People: Building a Directly Representative Democracy*, Cambridge University Press.
- Ober, Josiah (2017), *Demopolis. Democracy before Liberalism in Theory and Practice*, Cambridge University Press.
- Pettit, Philip (2001), "Deliberative democracy and the case for depoliticizing government", *University of NSW Law Journal* 58, 724-746.
- Runciman, David (2018), *How Democracies End*, New York: Basic Books.
- Shattschneider, E. E. (1960), *The Semisovereign People: A Realist's View of Democracy in America*, New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Willke, Helmut (2014), *Regieren. Politische Steuerung komplexer Gesellschaften*, Wiesbaden: Springer.
- Zakaria, Fareed (2003), *The Future of Freedom: Illiberal Democracy at Home and Abroad*, New York: Norton.